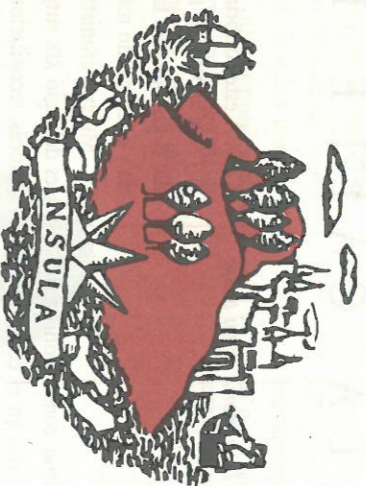


INSULLA ~ 730



REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS / OCTUBRE 2007



DE VARIA LECCIÓN: GALDOS Y LA CRÓNICA PERIODÍSTICA: *EL CRIMEN DE LA CALLE DE FUENCARRAL*, Ascensión Rivas Hernández.— PEDRO SALINAS: REFLEXIONES SOBRE LA LENGUA, Montserrat Escartín Gual. **CRÍTICA E HISTORIA:** GRACIÁN EN EL EJIDO: DESINDES PARA EL ARTE DE INGENIO, Luis Gómez Canseco.— LOS INÉDITOS DE LOS MACHADO, Nicolás Fernández-Medina.— EPISTOLARIOS DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y ZENOBIA CAMPRUBÍ, José Antonio Expósito Hernández.— POESÍA HISPÁNICA CONTEMPORÁNEA: UN DEBATE ACALLADO, Alejandro Rodríguez-Refojo.— ARTE Y CIENCIA SOBRE LAS TABLAS: A PROPOSITO DE LA *TEORÍA DEL TEATRO* DE SANTIAGO TRANCON, Javier Cuesta Guadaño. **CREACIÓN Y CRÍTICA:** EXTRAVIADOS, Fernando Valls.— AVENTURAS NOCTURNAS DE LUIS LANDERO, Luis Beltrán Almería.— MICRORRELATOS DE UNA EXPOSICIÓN... ANALOGÍAS PARA PENSAR *NOCTILLA DEBAM*, Antonio J. Gil González. **LETRAS DE AMÉRICA:** «SILENCIOS, LUCES, MÚSICAS Y SOMBRAS»: LA LEYENDA DE JOSÉ ASUNCIÓN SILVA A EXAMEN, Alfonso García Morales.— UN LUGAR PARA DAVID ROSENMANN-TAUB, Teodosio Fernández.

HOMENAJE A ELENA MARTÍN VIVALDI (1907-2007), coordinado por Luis García Montero.

AÑO LXII
INSULLA,
LIBRERÍA,
EDICIONES Y
PUBLICACIONES, S. A.

REDACCIÓN
VÍA DELAS DOS CASTILLAS, 33
ÁTICA, ED. 4
28224 POZUELO
DE ALARCÓN (MADRID)

SUSCRIPCIÓN Y
ADMINISTRACIÓN
AV. DIAGONAL, 662-664,
6.º B
08034 BARCELONA
TEL. (93) 492 87 11
FAX (93) 228 58 42
E-MAIL: insula @ epasa.net
www.insulles.es

DEP. LEG.: M. 210-1958
ISSN: 0020-4536



JOSÉ JULIO
CABANILLAS /
ELENA MARTÍN...

Hay algo en la soledad de nuestra poeta que nos lleva a la otra gran heroína de la soledad, a la Yerma lorquiana. Para ambas el fracaso amoroso es también la ausencia del hijo que jamás nace. Hay un poema del libro *El alma desvelada* (y qué exacta manera de decirnos qué es la lírica) que se titula «Como un presentimiento». Lleva un subtítulo muy significativo: Al hijo que yo hubiera tenido. Leamos algunas estrofas:

Yo he podido arrancarte de la oscura penumbra,
del abismo insondable del no ser, transcendido;
y Dios con la alba luz que eternamente alumbraba,
encendiera tu alma desde el primer latido.
Y tú, solo en la noche incierta de la sombra,
Pudiste ser pregunta y promesa curiosa;
Presencia, realidad, la palabra que nombra
El cielo, el mar, la tierra, los hombres y la rosa.

El hijo es un fantasma sentado en la cabeza de la mujer que lo ansía. La Yerma de Lorca interioriza la carencia del hijo, y su esterilidad ya no es algo sobrevenido, sino una elección y un destino. Pero Elena Martín Vivaldi elige un muy otro camino. En su libro *Arco en desenlace* (1953-62) encontramos el siguiente poema, titulado «No es silencio un amor»:

Nada se pierde de lo que una vez
Escribieron las manos en su vuelo a una altura.
No mueren las palabras que un dolor
Crucificó en silencio enamorado.
No se pierden las horas que anunciaron
números de esperanza por lo oscuro.
No se deshace, eterno,
El metal de un minuto,
Carne ya de una voz, círculo y tiempo.

Qué extraña y audaz declaración. Cualquier acción humana, hasta un fracaso, es un hito del que ya no hay marcha atrás, mercedora de condena o gozo irreparables. Lo pasado no se disuelve ni borra, continúa como el metal en las aguas del tiempo. En esa carencia, desde ese hueco, Elena Martín Vivaldi puede trazar un camino que al fin tenga un desenlace. Ha sembrado en la nada una semilla en espera de florecer. En el laberinto de esta mujer solitaria hay una orientación, como un arco que enlaza pasado y futuro. La soledad, incluso la carencia del propio hijo, no es un territorio estéril. Desde allí hay que buscar ese desenlace, la clave del arco. Hay en este mismo libro un soneto titulado «Dafne».

Ya me tienes crecida: rama, altura
De mis dos brazos, arco en desenlace.
Enamorada voz se me deshace,
Y es viento acariciando mi espesura.

Ya mi carne-esperanza, por más dura
Presencia de corteza me renace.
Aquí, donde mi sangre inútil yace,
Muda savia levanta mi figura.

A tiempo no llegaste, que pudiera
Evitarme tu prisa este sonido,
Verde rumor de manos transformadas

En hojas de constante primavera.
Ya me miras cumplida. Lo que he sido
Aves te lo dirán y desveladas.

MILENA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ / DIVERSIDAD DEL AMARILLO: EL COLOR Y LA LUZ EN LA POESÍA DE ELENA MARTÍN VIVALDI

J. J. C.—POETA

Elena Martín Vivaldi es, como otros poetas, varios poetas o, al menos, dos. La primera Elena (la que surgió primero) es esa que podríamos asociar al neorromanticismo, la autora de versos populares y confesionales (precursora de la «poesía de la experiencia» la han llamado en ocasiones), la de «Presencia en soledad» o «Lluvia con variaciones» (dos de sus poemas más conocidos). La segunda Elena, que es a la que quiero referirme en estas líneas,

es esa más cercana al simbolismo, y que, acaso, comienza a aparecer a partir de su cuarto poemario, *Cumplida soledad*, de 1958. Para mí, esa otra, o segunda Elena Martín Vivaldi, es la que encuentro en unos cuantos poemas: «Las palabras» (de *Cumplida soledad*, 1958), «Amarillos» (de *Arco en desenlace*, 1963); «Vida-muerte»; «La lluvia», «Porque unos labios dicen»; «Nieve en la calle»; «Las ventanas iluminadas» (de *Durante este tiempo*, 1973);

Cuanto más leo este soneto más me asombra. La referencia al mito es clara: una muchacha, Dafne, huyó del dios Apolo que la solicitaba. En su carrera fue transformada en un árbol de laurel. El soneto recoge justo el momento de la transformación, pero está escrito en primera persona. Es Dafne, y también Elena Martín Vivaldi, quien nos habla. Como su amor no llegó a tiempo, se ve convertida en árbol: su carne estéril y su soledad transitoria son ahora un destino cumplido, una existencia plena: una constante primavera. ¿Por qué muchos poetas líricos de importancia concluyen en el mito? Quizá sea un modo de objetivar y universalizar para todos los hombres una estricta cuestión personal. La soledad es Dafne, y Dafne, por obra de la poesía, podemos ya ser todos. Simplemente, un amor no llegó a tiempo. Éste es un desenlace que Elena Martín Vivaldi da a su soledad. Pero hay otro desenlace, ya en su último libro *Materia de esperanza*. En él, nuestra poeta da otro giro insospechado, de una inesperada originalidad. Como vemos, la referencia de este título a los versos de Garcilaso es palmaria. El propio soneto de Elena Martín Vivaldi es también referencia al de nuestro poeta renacentista; hasta el propio lenguaje de estos versos de Martín Vivaldi tienen un aire clasicista, casi arcaizante. Esto no es infrecuente en algunos de sus poemas. Pero no nos dejemos engañar. Todo poeta de fuste está examinando su vida a la vez que lee y revisa a los clásicos. Sin duda Garcilaso, el del desdén amoroso, es el clásico más próximo a Martín Vivaldi.

Pero no nos perdamos en referencias textuales. *Materia de esperanza* es, a mi parecer, un libro de asombros y de indagación en la nada. En estos poemas la autora conversa con el hijo que no ha tenido como si él de verdad existiese. Si no pudo darle la vida de su carne, al menos puede darle el hábito de sus palabras. Para Elena Martín Vivaldi, igual que para Juan Ramón Jiménez, las palabras son simiente de realidad. La autora hace un terrible esfuerzo por dar carta de existencia a su hijo, sacándolo del vacío de la nada. En un poema titulado «Acaso por las nubes» nuestra poeta imagina qué hará el ángel de la guarda que debió estar destinado a su hijo. Qué hará ese ángel impar, igual de solo que ella, por las nubes del cielo.

El anhelo de dar existencia a su hijo choca con la palmaria realidad de ese hueco, esa nada. Qué apetito de existencia mueve estos versos de nuestra poeta. Su último esfuerzo, casi titánico, lo encontramos en unas canciones de verso menor asonantados. En sus sencillez, Elena Martín Vivaldi consigue tender un puente entre la nada y la realidad del hijo. Como el místico, confunde la realidad y el deseo y por un momento nos conmueve y prestamos nuestro asenso a ese afán inaudito de Elena Martín Vivaldi. Estas canciones son un enigmático escalofrío:

Desde mi voz a la tuya,
largo puente de esperanza,
mares de imposible, cruza.

Ay, hijo, qué larga espera
aguardarte aquí en lo incierto,
donde es verdad la quimera.
Luz, alma
Espérame allí en lo eterno.

¡Y que nadie me pregunte
Por qué!
Lo que nunca ha sido,
vale como lo que fue.

Hijo sin vida eres tú.
Hace tiempo que esa estrella
no es realidad, pero es luz.

INSULA 730
OCTUBRE 2007

26

«Luz última» (de *Y era su nombre mar*, 1982); y fuera de libro, «Cinco Bloba» o «La música callada». En esta segunda Elena, la voz poética aparece con mayor discreción y sutileza, detrás o junto a un motivo exterior. Para decirlo con palabras de Andrés Soria Ortega, en los poemas de esta segunda Elena «se fusiona la actitud interna con un motivo» (Soria Ortega, 1964: 208).

Si tuviera que elegir, me quedaría, acaso, con tres de los poemas mencionados: «Amarillos», «Las ventanas iluminadas» y «Luz última». Creo que estos tres poemas podrían sintetizar la poética de la segunda Elena Martín Vivaldi, una poética en la que la luz y el sobresale aquí, el amarillo, que aparece, directa o metafóricamente, en los tres textos mencionados.

El amarillo, como todos sabemos, es el color de la luz, pero, como también conocemos, es asimismo el color del otoño: el color, pues, tanto de la plenitud como del acabamiento, como los llama José Gutiérrez refiriéndose a Martín Vivaldi (Gutiérrez, 2002: 15-16). Ambos significados, a veces separados, otras veces fundidos, pueden leerse en estos textos. Pero no sólo estos significados, sino también otros más que la poeta va introduciendo según sus propósitos. Amarillos, pues, los de estos poemas, diversos, múltiples, y que no tienen «valor de símbolo de segundo grado», que no aparecen como «conclusión del lector», como suele ocurrir en muchos poemas de Martín Vivaldi, según sostiene Andrés Soria Olmedo (Soria Olmedo, 2000: 67). Por el contrario, estos versos de la segunda Elena poseen un valor simbólico que se impone, por la pericia de la poeta, al ánimo del lector.

Venamos el primero de estos poemas, «Amarillos». Éste es, en realidad, una pequeña serie compuesta por tres poemas numerados, tres poemas que podrían funcionar de modo independiente, pero que, leídos en su conjunto, adquieren un nuevo, más hermoso y completo sentido. Este texto rememora el tema machadiano de «A un olmo seco». Pero el poema de Martín Vivaldi propone un juego con el tiempo que no encontramos en el de Machado; así, la rama verde que se espera, ese «algo verde, impaciente», que socava, no es sólo una posibilidad futura, como en «A un olmo seco», sino, también, la añoranza de un pasado *otro*, un *pasado verde* que no fue, «cielo retrasado» que desvela.

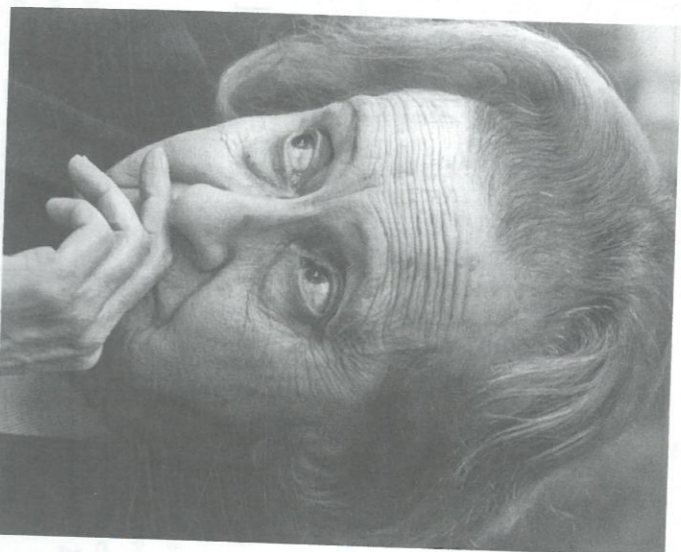
El poema 1 de «Amarillos» es una celebración: celebración de la plenitud de la vida, de la vida muy y bien vivida (del árbol, en este caso, pero también, por extensión, de toda vida plena): «Qué plenitud dorada hay en tu copa. / árbol, cuando te espero / en la mañana azul de cielo frío. / Cuántos agostos largos, y qué intensos / te han cubierto, doliente, de amarillos». Amarillo es aquí igual a plenitud dorada, un color en el que se funden, a modo de oxímoron, los dos significados del amarillo; se trata, podríamos decir, de un *otoño luminoso*.

A continuación, el poema 2 nos presenta otra clase de amarillo, un amarillo que es ahora todo luz: «Toda la tarde se enciende / dorada y bella, porque Dios lo quiso. / Toda mi alma era un murmullo / de ocasos, impaciente de amarillo». Alma impaciente de amarillo, hermosa imagen para evocar el estado ansioso de la espera.

Por último, en el poema 3, el amarillo toma un sentido exclusivamente otoñal, aunque ahora se trata del otoño humano, del otoño de una vida; amarillo, pues, apagado, que espera convertirse, ser encendido por el verde primavera: «Serena de amarillos tengo el alma. / Yo no lo sé. ¿Serena? / Parece que entre el oro de sus ramas / algo verde me encienda. / Algo verde, impaciente, me socava. / Dios bendiga su brecha. / Por ese hueco fértil de mis ansias / un cielo retrasado me desvela. / ¡Ay, mi esperanza, amor, voz que no existe, / tú, mi siempre amarillo. / Hazte un sol de crepúsculos, ardiente: / ponte verde, amarillo».

En esta serie de poemas, Martín Vivaldi, cual pintor exquisito que dibujara claros y oscuros, nos muestra los diversos matices, tonalidades, gradaciones, que puede tener un mismo color. No por gusto dice Soria Ortega que es éste un poema que «alcanza los umbrales del virtuosismo» (Soria Ortega, 1964: 208).

Aunque creo que hay otra lectura posible de «Amarillos»: pensarlo, también, como una metáfora del deseo. Habría así un segundo plano, que funcionaría en el poema de modo simultáneo, superpuesto al que antes hemos visto; una segunda interpretación que no niega la anterior, sino que la complementa y la enriquece, y en la que el amarillo sería símbolo del deseo (¿qué mejor imagen para el intangible y escurridizo deseo que un color, y un color, además, asociado a la luz?). En este segundo plano, cada uno de los tres breves poemas constituiría una etapa en el recorrido que el deseo traza. Poema 1, etapa primera: el descubrimiento del deseo (siempre visto en un *otro*, el árbol semejante, en este caso). Poema 2, segunda etapa: su reconocimiento cercano (la tarde que se enciende) y, entonces, la añoranza, el ansia de posesión de lo que no se tiene (alma «impaciente de amarillo»). Poema 3, tercera etapa: posesión del objeto («serena de amarillos tengo el alma»), y



entonces, aparición de la inquietud, de la insatisfacción («¿serena?», e, inmediatamente, el deseo se convierte en deseo de otra cosa («ponte verde, amarillo»)).

En el segundo de los poemas, «Las ventanas iluminadas», no aparece directamente el amarillo, pero éste es evocado en todo el poema por asociación con la luz: luz que, sin embargo, no es exactamente la misma que aparece en el número 2 de la serie anterior, que era luz diurna e intensa. Ahora se trata de una luz velada, una luz casi secreta, que surge en la noche, distinta de la «indiscreta» del sol que «anula» o «borra» los «matices»; luz, en fin, que es aquí símbolo de lo escondido u oculto: los «pensamientos ardientes» de los solitarios. Una luz que es, sin duda, la verdadera protagonista del poema. Así, en

«Las ventanas iluminadas», Martín Vivaldi nos hace *ver*, a través de sus versos y por efecto sinéctico, un hermoso y vivo cuadro. Un cuadro que nos despierta reminiscencias de la pintura simbolista. Y acuden ante nuestros ojos, al presentar la *multitud colorada* de Martín Vivaldi, obras como «¿Dónde vamos? ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos?», de Gauguin, o, incluso, «El jardín de las delicias», de El Bosco. En este cuadro poético de Martín Vivaldi se indaga, también, por la condición humana, aunque aquí no se trata de simbolizar las etapas de la existencia, como en «¿Dónde vamos...?», ni las distintas formas del placer sexual, como en «El jardín...», sino de representar la soledad, *iluminada*, de los solos (valga la aparente redundancia). El poema-cuadro de Martín Vivaldi consta de tres planos y así nos son descritos: el primero es ese en el que aparece ya la soledad exterior, la de afuera, que anuncia la interna, y vemos la noche, con su «torpe luna menguante», «sin vida ya su llama». En el segundo plano, se dibuja la ventana iluminada, con una figura humana, un *uno*, ese «alguien» que «no duermes. Un libro lee. Piensa. / o desnuda su alma entre la noche, / o sufre y alimenta su dolor oculto». Entonces, en el tercer plano, ocurre la transformación del *uno* en *muchos*, del solitario en multitud de solitarios («por todas las ventanas y balcones del mundo, / habitantes de todos los confines, / de todos los misterios»). En ese tercer plano, la multitud se colorea y, por efecto de la luz, que los identifica y los hace cómplices aun sin saberlo, los solitarios se comunican, se constituyen prácticamente en una «hermandad», como declarara la propia autora en una entrevista que le hiciera Luis García Montero (Martín Vivaldi, 1997: 15): «de una ventana a otra. [...] / vestras manos se unen [...] / No lo saben. Ignoran su lejana presencia, / pero algo inusitado se diluye en el aire, / se perfila en la sombras: / reciben, casi sienten / impalpable el mensaje / que lleva fiel noticia de un corazón a otro, / de unas manos a otras, / de esta ciudad hasta aquella, / de una ventana iluminada a otra». En el cuadro aparecen ahora, alrededor de los solitarios, palabras coloradas que son «palabras», «signos», «voces», «secretos», «nombres», «sueños», «pensamientos», «recuerdos», «sollozos», «dudas», «alegrías», «ausencias», «tristeza»... Y la voz poética, que ha conseguido ya, con sutileza y eficacia, que la *veznos* entre esa multitud («vestras manos se unen / —nuestros manos se estrechan»), da sus últimos retoques a la pintura, dibuja los últimos sonidos de la luz: «Todo viene impulsado, / cruzando los espacios del silencio, / de una ventana a otra iluminada, desvelada en la noche». En este bello poema, Elena Martín Vivaldi nos regala otro oxímoron, como aquel *otoño luminoso* del poema 1 de la serie «Amarillos». Ahora, sobre la soledad, soledad que deja de ser *soledad sola* y se convierte en *soledad comunicada*, iluminada.

Luz de nuevo, pero de otra tonalidad del amarillo, es la que transita por el tercer poema que quiero comentar, «Luz última», un poema sobre los muchos colores de la tarde. Se alude, pues, aquí, como sugiere el título, a ese amarillo tenue y final de la luz, el amarillo crepuscular. Un amarillo que por ser tan leve permite un mayor número de matices y reflejos: que puede, incluso, como ocurre en estos versos, transformarse en otros colores: azul, malva, verde. Uno de los aspectos interesantes del poema es observar cómo queda en el resuelto ese conflicto de la voz poética que, en el poema 3 de la serie «Amarillos», se presentaba metafóricamente como una lucha entre los dos colores protagonistas: el amarillo (color del otoño de la vida) y el verde (color primavera, de juventud). En «Luz última» el conflicto se ha disuelto, ha desaparecido. Aquí no *ganan* ya ni el verde ni el amarillo, sino un nuevo color: el rosa, «rosada transparencia», luz crepuscular, color del sosiego, de la «honda paz». Desde este punto de vista, «Luz última» es un poema que se lee como asunción sossegada, serena, de la *vejez*, esa tarde crepuscular de la vida. Así nos lo hace pensar, también, la última imagen del poema, tan elocuente en su sencillez, en la que el color va difuminándose y donde presentáramos, con la misma serenidad que la voz poética, la llegada, real y metafórica, de la tarde: «El sol no asiste. Grises. / Serenidad. La tarde».

Escribía María Zambrano que la poesía, a diferencia de la filosofía, es ametélica, «porque lo quiere todo al mismo tiempo» (Zambrano, 2001: 113). Podríamos decir, a modo de conclusión, que en estos poemas comentados, el color, y específicamente el color

Elena Martín Vivaldi.

MILENA
RODRÍGUEZ
GUTIÉRREZ /
DIVERSIDAD
DEL AMARILLO...





amarillo, es el símbolo que Martín Vivaldi utiliza para hablar de la diversidad y multiplicidad de una misma cosa, de sus muchos matices y posibilidades; el amarillo, en fin, es el idioma con el que Elena nos dice que es poeta.

Bibliografía citada

GARCÍA MONTERO, Luis (1997). Entrevista-prólogo, en Elena Martín Vivaldi, *Las ventanitas iluminadas*, selección de Rafael Juárez y Luis García Montero, bibliografía de Manuel Martínez Gómez, Madrid, Hiperión, pp. 9-17.

IOANA GRUIA / ESCRIBIR LA LLUVIA: NOTAS SOBRE EL POEMA «LLUVIA CON VARIACIONES» DE ELENA MARTÍN VIVALDI

M. R. G.—UNIVERSIDAD DE GRANADA

Escribir la lluvia: núcleo de significación fundamental en la poesía de Elena Martín Vivaldi

El presente artículo se propone enunciar la escritura de la lluvia como constelación de sentido fundamental en la obra poética de Elena Martín Vivaldi y ejemplificar la plasmación de dicha escritura a través del análisis del poema «Lluvia con variaciones».

El poema pertenece al libro *Durante este tiempo* (1965-1972), que Elena Martín Vivaldi publicó en 1972 y que, según declaraba en la entrevista-prólogo con Luis García Montero que abre su antología *Las ventanitas iluminadas*, era su libro predilecto, el que le parecía «más sincero, más real» (Martín Vivaldi, 1997: 15). El libro se divide en tres partes, «Día a día», «Paisajes» y «Ventanas iluminadas»; la segunda parte, «Paisajes», abarca a su vez tres secciones, «Lunas», «La lluvia» y «El mar».

Antes de comenzar a comentar el poema, cabe insistir en que, a mi juicio, lo que he llamado la escritura de la lluvia es una constante que atraviesa varios libros de Elena Martín Vivaldi, sobre todo *Arco en desenlace*, *Materia de esperanza* y, por supuesto, *Durante este tiempo*. De hecho, en su reseña de 1964 de *Arco en desenlace*, Andrés Soria subrayaba: «Se insiste en ciertos temas que hay que destacar, como los de la lluvia («La voz elemental»), que Elena Martín Vivaldi ha tocado con delicada originalidad». (Soria, 1964: 207). Podemos comprobarlo al leer poemas como «Glicinas con la lluvia», «Voz de la lluvia», «Pasión de la lluvia», pertenecientes a *Arco en desenlace*, «Hablo del hijo» de *Materia de esperanza* y los poemas agrupados en la sección «La lluvia» de *Durante este tiempo*: «La lluvia», «Lluvia», «Nieve en la calle», «La lluvia en el insomnio», «La lluvia presentida», «Si esta noche» y el poema que aquí nos ocupa, «Lluvia con variaciones».

«Lluvia con variaciones»: escrituras entremezcladas e intertextualidad

En «Lluvia con variaciones» encontramos tres escrituras básicas entremezcladas: la escritura de la tristeza, la escritura del tiempo y la escritura de la lluvia. Estas escrituras construyen el yo, un yo poético que desde el principio remite al yo de la propia Elena Martín Vivaldi:

Y estoy triste también,
«elenamente triste»,
con la lluvia, en la lluvia, por la lluvia,
a través de, debajo de la lluvia.

La lluvia se vive íntimamente como si formara parte indisoluble de la tristeza del sujeto lírico, una tristeza que se vincula a la sensación de angustia ante el paso del tiempo. Los versos siguientes, que elaboran una compleja meditación temporal teñida de referencias a Bergson y Rubén Darío, conjugan una escritura de la tristeza y una escritura del tiempo que tienen su punto de partida en la otra escritura que atraviesa el poema, la escritura de la lluvia. Veamos los versos, que introducen también un rasgo básico del poema, la intertextualidad:

GUTIÉRREZ, José (2000). Prólogo a Elena Martín Vivaldi, *En plenitud de asombro*, edición de José Gutiérrez, Granada, Silene, pp. 9-20.

SORIA OLMEDO, Andrés (2000). «Granada: cien años de poesía (1898-1998)», *Literatura en Granada (1898-1998)*, T. II Poesía, Granada, Diputación, pp. 11-174.

SORIA ORTEGA, Andrés (1964). «Elena Martín Vivaldi: *Arco en desenlace*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 172, abril, p. 208.

ZAMBRANO, María (2001). «Poesía», *Filosofía y poesía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, pp. 101-116.

Mi tristeza no es de hilo blanco,
ni de noes desmayados de ajadas margaritas,
ni de esa música (Radio. Noche. Nocturno),
ni de saber que el tiempo
bicéfalo, contando dobles horas,
(el tiempo del reloj, y —yo te saludo Bergson—
el tiempo tiempo)
no es hora ya de juventud, de síes
(¡ay, divino tesoro!)

Tenemos aquí las razones posibles, pero no las reales de la tristeza. Sabemos que ella no se debe ni al abandono amoroso —atestiguado por el «no» final del ingenuo y conmovedor juego de arrancar pétalos a las margaritas—, ni a la música nocturna de la radio, ni a la conciencia de haberse alejado de la juventud, conciencia que sería aquí una especie de *durée* bergsoniana, posiblemente en clave de ligera, tierna y benévola ironía, siguiendo la estela del «Poema de un día» de Antonio Machado:

En estos pueblos, ¿se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reloj,
con esa monotonía
que mide un tiempo vacío.
Pero, ¿tu hora es la mía?
¿Tu tiempo, reloj, el mío?
[...]
Enrique Bergson: *Los datos inmediatos*
de la conciencia. ¿Esto es
otro embeleco francés?
Este Bergson es un tuno;
¿verdad, maestro Unamuno?
[...]
Sobre mi mesa
Los datos
de la conciencia, inmediatos.

Los versos «el tiempo/ bicéfalo, contando dobles horas,/ (el tiempo del reloj, y —yo te saludo Bergson-/ el tiempo tiempo) remiten a la distinción que opera Bergson entre el tiempo medido y el tiempo real. Así, en *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, leemos:

Cuando sigo con los ojos, en la esfera de un reloj, el movimiento de la aguja que corresponde a las oscilaciones del péndulo, no mido duración,